

EL DUALISMO DEL PENSAMIENTO EN AMIEL

(Traducido de la *Revue de Métaphysique et de Morale*,
por Louis V. Ghisletti).

TODO el interés de Amiel se sitúa en el testimonio condensado bajo el nombre de *Diario íntimo*, en el que se describe la historia de un pensamiento según las varias posiciones que es llevado a asumir frente a los objetos propuestos a su mirada. Casi podríamos decir un examen de las múltiples posibilidades que pueda alcanzar la reflexión. Pero la lectura de la obra parece no poder terminar sino con esta paradójica conclusión: nadie existió menos que Amiel, y nadie tampoco, e inversamente, existió tan plenamente. Por supuesto no se hace obra de espíritu sino con la condición de abstraerse de la existencia con todo lo que comprende de anecdótico y episódico; y hasta el filósofo que presenta la defensa de esa existencia no alcanza a proponérsela, ni a justificar la mayúscula con que la adorna, sino por medio de una sólida abstracción. El alto nivel de la abstracción hará considerar a Amiel como un servidor de la idea. No es posible, sin embargo, darle plenamente tal título, pues se verificará igualmente en él este contrario de la contemplación: la apología de la vida y de los valores por los que ésta se afirma: "entender" cedió con mucha frecuencia su puesto a "experimentar", y por eso pone en duda la función del juicio. De ahí esta alternancia, que no deja de molestar al crítico, entre una razón discursiva, dudosa, logiciana, impersonal, y una naturaleza intuitiva, instintiva y mística. Tal es el dualismo contemplado por nuestro propósito, y que, considerado en la unidad de la persona de Amiel, se traduce por numerosas contradicciones.

* * *

Lo que, en Amiel, se afirma con nitidez es una necesidad de distanciarse de los objetos, de pensarlos. Lejos de dejarse dominar por ellos, prefiere someterlos al juego de las relaciones más variadas, como también más universales. En esta forma no tendrá más importancia la vida de un hombre que la de un mosquito, y la de este último podrá

igualar “la de un cuerpo celeste con todo su polvo de naciones”. Para él todo fue pretexto a la meditación y a la elevación hacia las categorías del pensamiento: aquí, los claros sonidos de las campanas de Semana Santa le sugieren la importancia del culto entre los pueblos, sin tener en cuenta las formas que pueda asumir; allá, una reunión de ruidosos y comunes campesinos le hace plantear el problema del refinamiento a través de las clases sociales. En otra parte, el espectáculo de un bello otoño con sus colores, sus vendimias, sus últimos preparativos antes del invierno lo conduce a la idea de un orden natural y una libertad que, bien entendida, “no es sino la obediencia voluntaria a las leyes de la vida”. Un caprichoso mes de mayo —y la mujer se vuelve el fin de un análisis sobre su naturaleza, su condición y su destino. En Basilea, el panorama del Rhin y sus orillas le inspira el contraste entre la inmutable naturaleza y la vida fugaz: “Allí vuelvo, y nada cambió en el paisaje... sino yo”. En Scheveningen, la playa ruidosa y la muchedumbre en las terrazas le hacen soñar “en todo lo que era necesario de historia para volver posible” lo que ocurría delante de él. Tan verdadero es el hecho que lo propio del pensador consiste en huír del mundo, en preferir el aislamiento en una altura en donde, como el poeta, podrá decir:

Dejo vagar sin rumbo mis miradas en la llanura
cuyo cambiante panorama se extiende a mis pies.

Desinteresado respecto a las cosas, lo veremos también ignorante de los tormentos de una ambición que lo ataría a determinados valores, y nunca, como lo declara, lo pudieron atraer la gloria, la felicidad, el deseo de amar a una mujer o a hijos suyos, de volverse persona influyente. El apego a una patria, tampoco lo conoce: “La ilusión patriótica, chauvinista, familiar no existe para mí. Por el contrario sentiría con más fuerza las fallas, las fealdades, la imperfección del grupo al que pertenezco”. Ahí queda fiel a la línea de pensadores que nunca creyeron que debían ofrecer sacrificios al nacionalismo del Estado o a la grandeza de la ciudad. Se une al Sócrates que denuncia altivamente la pretendida necesidad que llevaría al pensador a preocuparse de los asuntos públicos: “Es absolutamente necesario que aquel que realmente combate por la justicia, si quiere solamente durar algún tiempo, se quede hombre privado y se abstenga de la vida pública”¹, a Spinoza que expresa: “. . . Consiento en que los que lo quieran mueran para lo que creen su bien, con tal de que, a mí, me sea permitido vivir para la verdad”². O Schiller cuando dice con firme lenguaje: “Queremos ser y permanecer ciudadanos de nuestra época según el cuerpo, ya que no es posible de otro modo, pero, en cuanto al espíritu, es privilegio del filósofo y el poeta no pertenecer a pueblo alguno, a época alguna, sino ser, en el sentido propio de la palabra, ciudadanos de todas las épocas”³.

¹ Apología de Sócrates.

² Carta XXX.

³ Citado por Jaspers, *La situación espiritual de nuestra época*.

No se puede decir, sin embargo, que no le hayan costado esta resistencia a las solicitaciones de la vida, esta discreción que traduce por una carencia de impulsión. A menudo se sintió abrumado por ella, pero tuvo esta resignada conclusión, que lo enaltece: "No tengas más ambición personal, y entonces te consolarás de vivir y morir, cualquier cosa que pase". Y, en realidad, vivir, para la razón, postula tanto consuelo como morir: aún más, ya que la preocupación de la muerte no nos angustia sino respecto a la perspectiva de la vida. Ni siquiera habrá esperado algo de la justicia: "Hacer fondo sobre la justicia es la comprobación de una susceptibilidad enfermiza. Es preciso poder vivir sin ella. En esta independencia consiste la virilidad del carácter. El mundo puede pensar de nosotros lo que quiera: allá él. Si decide no ponernos en nuestro puesto sino después de nuestra muerte, o quizás nunca, es derecho suyo. El nuestro es obrar como si la patria fuera agradecida, el mundo equitativo, la opinión perspicaz, la vida justa, y buenos los hombres"⁴. No se habría expresado de otro modo Marco Aurelio.

Para él el dios adorable es el dios espíritu, el dios que no puede padecer. Aunque lo sorprendamos después enalteciendo la virtud de esperanza que, según dice, habita en Dios, este gran desconocido que espera ser reverenciado.

Se levanta también contra "la idolatría de la carne y del yo, de lo temporal", rechaza con horror "la enérgica subjetividad que con fe se afirma en sí, que no teme ser algo particular, definido, sin tener consciencia o vergüenza de su ilusión subjetiva...", quedándose él, "en cuanto al orden intelectual, esencialmente objetivo", con el "poder de situarse en todos los puntos de vista, de ver por todos los ojos, es decir, de no ser encerrado en cárcel individual alguna". Idea recogida en el siguiente juicio: "Todo lo que es particular es exclusivo, todo lo que es exclusivo me repugna". Dirá también: "El interés personal no es más que la prolongación en nosotros de la animalidad; la humanidad no empieza en el hombre sino con el desinterés". Recordemos igualmente esta comprobación del supremo poder del espíritu, enunciada en estos renglones, que podrían ser motivo de meditación cuando se habla de progreso: "No es la historia la que enseña a la consciencia la honradez, es la consciencia la que la enseña a la historia. El hecho es corruptor, y somos nosotros quienes, al persistir en nuestro ideal, lo corregimos". Estos otros también, a los que herimos con excesiva frecuencia: "Juzgar es ver lo verdadero, preocuparse de lo justo y, por lo tanto, ser imparcial; mejor que esto, ser desinteresado, mejor aún, ser impersonal"⁵.

Hasta la pérdida de la juventud deja a Amiel indiferente, y la pena cede el puesto a un altivo alejamiento: "La moderación del alma vale más que el brillo de las facultades y la abundancia de las fuerzas, y lo eterno debe sacar provecho en nosotros de todos los estragos que produce el tiempo". Sabía hasta qué punto "el tiempo es la dispersión del ser", el tiempo y las marcas por donde pasamos y volve-

⁴ Concepto del deber al que se inclinan los racionalistas del siglo XVII.

⁵ Cabe preguntar si, hoy en día, no se verificaría una franca tendencia a no considerar desde ahora lo verdadero sino a través de la experiencia que hace cada uno, con el testimonio de la afectividad como principal apoyo.

mos a pasar, "estas agitaciones internas y la inevitable atracción por la corriente de las cosas que hacen olvidar la prudencia adquirida. Por eso es tan cansón vivir, este eterno reempezar es fastidioso hasta la náusea".

El ecleatismo de Amiel se expresa completamente en esta comprobación: "El estado divino es el silencio y el reposo, por lo que toda palabra y todo gesto son limitados". Notemos que, en virtud de este carácter limitado del lenguaje, se produjo después una reacción a favor del acto mismo en su momento fugitivo, al sostener que lo vivido era más verdadero que el pensamiento de este vivido.

¿Cuál racionalista desaprobaría esto: "No es, en lo más mínimo, necesario que el universo sea, pero sí que la justicia se cumpla". O aquello del mismo estilo: "Es cosa propia del mundo adaptarse a la verdad, y no lo inverso. Copérnico trastornó la astronomía de la Edad Media. ¡Tanto peor!" ¿Qué piensan de esto los a quienes pesa la amoralidad de la ciencia?

Con claridad definirá las relaciones del pensamiento y la acción: "El espíritu es, en principio, capaz de suprimir todos los límites que encuentra en sí, límites de lengua, nacionalidad, religión, raza, época. Conviene, sin embargo, decira que, tanto más se espiritualiza y universaliza, cuanto menos tiene dominio sobre los demás, que ya no lo entienden ni saben qué hacer con él. La influencia pertenece a los hombres de acción, y para obrar no hay nada más útil que la estrechez del pensamiento unida a la energía de la voluntad". Comprenderá "cuán bella es la actividad puesta únicamente al servicio de lo que no pasa". Se aprecia, en los siguientes renglones, otro rasgo, por el que se distingue de toda una falange: "Soy un espíritu que no se unió en matrimonio con un cuerpo, una patria, una vocación, un sexo ni un género". En esta forma vio claramente que toda la dignidad humana obedece a la creencia en el mito de un espíritu separado del cuerpo. Y, bajo una forma antitética, insiste aún: "Al ser menos hombre me encuentro talvez más cerca del hombre, talvez un poco más hombre. Al ser menos individuo soy más especie". Posición sostenida por este otro apunte: "Es permitido ser hombre, pero conviene ser también un hombre, un individuo. . . El solo filósofo es autorizado para desarrollar especialmente el primer papel, del que la casi totalidad de los humanos hace caso omiso".

Llevará hasta el averroísmo sus tesis al sostener la "omnis determinatio est negatio", al proponer esta interpretación: "El espíritu individual no logra cogerse a sí mismo en su esencia, quizás porque su esencia es no ser individual".

Es una vez más racionalista respecto a las guerras, en lo que nos aparece como un discípulo de Spinoza: "El filósofo lo lamenta y no puede poner su corazón en ello; necesita mirar desde lo alto la historia, y oír a menudo la música de las esferas celestes". El maestro de Amsterdam había dicho: "Para mí, no me incitan estas perturbaciones ni a reír ni a llorar; más bien desarrollan en mí el deseo de filosofar y observar mejor la naturaleza humana. . ."

Contesta a los defensores de lo esotérico: "Querer tener la razón sin hacer partícipe de su razón es querer mal a su especie", pues "cada

uno no puede pensar sino por el pensamiento general". Aquí, sin embargo, parece que Amiel ataca no solamente el concepto de la verdad cuyo criterio descansa sobre la "autenticidad" individual, particular, sino la verdad de carácter universal cuya divulgación se negaría. Hasta agrega que "hay que buscar lo verdadero y difundirlo".

Le es extraño el fanatismo: "Toda creencia especial es algo tieso y absurdo". Considera que "no se trata de apreciar o vituperar, sino de entender". Y con mucha exactitud analizará los componentes de la fe, el uno "excelente", que es "el estímulo de la investigación... (que) da la perspectiva de la recompensa, enseña el fin", el otro "que no es sino un prejuicio de infancia, que nunca conoció la duda, ni conoce la ciencia, ni respeta, ni entiende, ni tolera convicciones distintas, este es una estupidez y un odio... Para quitar en nosotros a la fe sus colmillos venenosos, tenemos que subordinarla al amor para la verdad. El supremo culto de lo verdadero es el medio de purificar todas las religiones, todas las confesiones, todas las sectas. La fe no debe ocupar sino el segundo puesto, pues tiene un juez".

Una vez más rendirá homenaje al espíritu en esta corta frase: "La mezcla es la condición de la vida, el orden y la claridad son la señal del pensamiento serio y vencedor".

Para él toda la función del pensador se reduce a esto: "Sirve el pensador por su pensamiento y como luz", en otros términos no por obras que nada tienen que ver con su estado: aún más, las obras a las que da su aprobación deben corresponder a la condición contemplativa. Por eso declara: "Lo que podría ser me echa a perder lo que es, lo que debería ser me entristece. Por eso me repugnan o me espantan lo presente, lo irreparable, la necesidad". Y eso cuando "sola la vida teórica tiene bastante elasticidad, inmensidad, reparabilidad..." y completa su expresión así: "Depender es para mí una idea insoportable". Pues bien, en la acción, uno depende, se subordina a un orden que condiciona al agente, se somete a una fatalidad que no puede ser rechazada si, por casualidad, alcanza uno después a conocer sus defectos. Lo inevitable que lo asusta es aquel que lo entregaría cuerpo y alma a una necesidad ciega, va que, una vez conocida, esta necesidad va nada tiene de dominador; desde este momento "lo inevitable es descanso, el espíritu deja de ser víctima voluntaria..." "La acción nos limita, la contemplación nos ensancha".

* * *

Vimos cuánto se alegraba Amiel de su facultad de análisis: vamos a sorprenderlo cuando se lamenta de ella. Por una especie de cansancio, la duda alcanza a consumirse a sí misma. Al admitir que la búsqueda tiende al conocimiento seguro, que es inestabilidad pasajera que tiende al descanso, movimiento que debe llevar al espíritu hacia las cimas de donde observará con toda serenidad los seres y las cosas, sin embargo no deberá esta necesidad de certidumbre obsesionar al espíritu hasta destruir totalmente en él la actitud crítica. Amiel buscará "la voz sencilla, la que quita toda duda, que produce la persuasión, la claridad, la serenidad", esta "identidad interna" de la que re-

conoce que es "tanto más difícil de alcanzar por lo que el espíritu discierne, descompone, prevé más". Aquí se lo oye condenar lo que en otras partes lo enorgullece. La desgracia del hombre es el espíritu, porque busca y todavía no encontró. Idea condensada en este desengañado apunte: "Le cuesta gran trabajo a la libertad volver a la franca unidad del instinto". El instinto preferido al espíritu: ¡otra extremidad en donde se complace Amiel! El Dios de amor implorado contra el Dios de justicia. Talvez es triste la verdad, decía Renán. No la aceptará entonces Amiel.

Dirigirá su pleito contra la razón, acusándola de bastarse a sí misma, de complacerse en el manejo de las formas puras sin preocuparse de los contenidos. Después de haber alabado, como unido a su misma esencia, el carácter impasible de la reflexión, lo considerará como un poder de disolución. Nada más exacto que la frase: "la construcción descansa sobre el sentimiento, el instinto y la voluntad". Las conclusiones sacadas por el espíritu limitado a su sola actividad verdadera no tienen vigencia sino en el terreno del ideal. Por eso no pueden destruir ni reforzar lo temporal sino por medio de un valor muy especial conferido a ese último.

Para él, "amar es virtualmente saber; saber no es virtualmente amar" y, con eso, deja entender que se sacarían ventajas por el recurso al amor más que al conocimiento intelectual.

Su culto al puro sentir se expresa en esta exclamación: "¡Ah!, sintamos, vivamos y no analicemos siempre. Seamos cándidos antes de ser reflexivos. Probemos antes de estudiar". Si nos aconseja sentir, es menos por el deseo de hacernos entrar en una disposición que ulteriormente nos facilite el análisis de este sentir que para llevarnos a oponer estas dos operaciones: analizar y sentir.

Su sed de certidumbre, de absoluto no se aviene bien con la identidad de la que no es posible separar la idea de lo absoluto. He aquí un texto en el que se ve cómo Amiel no resiste a la atracción del cambio: "¡Oh silencio, eres espantoso!, espantoso como la calma del océano... ¡Vengan las tempestades! Ellas, por lo menos, agitan la superficie de estas aguas de terribles secretos. ¡Soplen las pasiones!... A nosotros todos... Hijos del tiempo, la eternidad inspira una involuntaria angustia, el infinito un misterioso terror... Pobre corazón, quieres vida, quieres amor, quieres ilusiones, y tienes razón, pues la vida es sagrada". Sin embargo se puede leer en otra parte cuanto estima a un escritor que supo traerle "la paz y el sentimiento de lo infinito". Tendremos entonces que admitir que lo infinito y lo eterno lo seducen únicamente en la medida en que dispensan la tranquilidad interior, sin la cual ¿los abandonará para volverse a la vida y sacralizarla? Este carácter sagrado de la vida parece confirmado por esto: "No te violentes a ti mismo y respeta en ti las oscilaciones del sentimiento, es tu vida y tu naturaleza", o aún: "Sé abierto a lo que trae la vida, de adentro y de afuera, y acoge a lo imprevisto". En esta última frase tenderíamos a reemplazar la palabra "abierto" por "disponible". Tentación que se ve reforzada por aquella otra declaración: "... Y si sientes despertar en el fondo de tu ser algo nuevo, pensamiento o sentimiento, no proyectes allí tan pronto la luz y la mirada; protege por el olvido el germen

naciente, rodéalo de paz, no recortes su noche, permítele formarse y crecer..." Inspiración idéntica a la de algún personaje de los Falsos monederos: "Siento en mí, confusamente, aspiraciones extraordinarias, unas como olas de fondo, movimientos, agitaciones incomprensibles, y que no quiero tratar de entender, que ni siquiera quiero observar, por temor de que les impida producirse".

Se opone otra vez al espíritu que persigue la verdad por ideas claras y demostraciones cuando escribe: "La verdadera poesía es más verdadera que la ciencia, porque es sintética y asimila desde un principio lo que la combinación de todas las ciencias podrá, a lo mejor, alcanzar una vez como resultado. El alma de la naturaleza es adivinada por el poeta, el sabio no sirve sino para acumular materiales para su demostración". Asimismo señalará el valor de una intimidad opuesta a la disección analítica: "El centro de la vida no se encuentra ni en el pensamiento ni en el sentimiento, ni en la voluntad, ni siquiera en la consciencia en cuanto ella piensa, siente y quiere... Más hondo que la consciencia, hay el ser, nuestra misma substancia, nuestra naturaleza. Únicamente las verdades entradas en esta última región, vueltas nosotros mismos, vueltas espontáneas e involuntarias, instintivas e inconscientes, son realmente nuestra vida... Mientras distingamos un espacio cualquiera entre la verdad y nosotros, estamos fuera de ella".

Amiel insiste y afirma que, en lo que se refiere a nuestro movimiento interior: "Casi todo nos es incomunicable, intransmisible, aun cuando queremos hablar de ello... lo más precioso de nosotros nunca se muestra, no encuentra salida, ni siquiera en la intimidad".

Aboloverá los contrarios porque se llaman mutuamente: "Lo obscuro... es ocasión de toda victoria, de todo adelanto... Es el pedestal de la vida, la luz, la libertad, la actividad, la oportunidad de su desarrollo y de su triunfo".

Y cuán sorprendente es leer: "Lo más razonable en el hombre es lo que no razona". Tanto más cuando presenta esta idea como conclusión de un raciocinio.

No menos sorprendidos estamos de aprender: "Cuán maléfico es... la eterna sonrisa, esta contemplación irónica de la crítica indiferente... que no se interesa sino en entender sin obrar". Nítida reprobación de aquel "non flere nec indignari, sed intellegere" que le oímos pronunciar en otra parte. Sin duda, "para obrar, hay que creer; para creer, hay que decidirse, resolver, afirmar", y, ciertamente "prejujgar de los problemas". Nos habría gustado, sin embargo, descubrir un cierto matiz en el pensamiento de Amiel. En efecto, la creencia ofrece dos aspectos muy definidos en cuanto a los motivos que la producen. Existe la creencia procedente del sentimiento y la voluntad, la cual adhiere definitivamente y *a priori* a su objeto. Hay la de la inteligencia que no lo recibe sino por el poderío lógico de los motivos que lo establecen y está, en cualquier momento, dispuesta a volverlo a discutir. En fin, reproche inesperado, la crítica conduce a la indisciplina. Aunque el acatamiento a una regla de conducta nada tenga que ver con los elementos básicos de la reflexión, obrar y entender siendo dos actividades distintas, la crítica puede muy bien, subsidiariamente, señalar el camino hacia una disciplina que no concordará en forma obligatoria

con la que reclaman "una sociedad, una patria, una acción". Si es verdad que no hay "pueblo posible sin prejuicios, pues el espíritu público, la tradición, son tantas redes de creencias adquiridas, admitidas, continuadas, sin demostración evidente, sin discusión", se medirá toda la evolución seguida por Amiel al leer su conclusión: "No hay, pues, que condenar al prejuicio mientras no se tenga sino la duda para colocar en su puesto". Nos damos cuenta cuán poco fiel es a este concepto de la crítica definida, como ya lo vimos, como la aptitud a situarse en todos los puntos de vista. Pone entonces al servicio de sus preferencias su método, que se presentaba como un medio de entender una situación, un hecho, una obra, de seguir los movimientos en cuyo nombre se justifican.

En el terreno metafísico descubrimos también rastros de su anti-intelectualismo. Veámoslo: "¿Quién sabe si el amor y su beatitud, esta evidente demostración de una armonía universal de las cosas, no es la mejor comprobación de un Dios soberanamente inteligente y paterno, así como es el mejor camino para ir a Él?" Se encontrará asimismo en la aseveración siguiente una definición de la verdad en términos que la someten a la consideración de los valores: "... La idea más alta que nos podamos hacer del principio de las cosas será la más verdadera... La verdad más verdadera será la que hará al hombre lo más armoniosamente bueno, lo más prudente, lo más grande y lo más dichoso". Acababa, sin embargo, de escribir: "La verdad antes de todo — aun cuando nos moleste y nos perturbe". Otra razón suficiente aparece en el texto siguiente en el que se ve al espíritu individual participar de la naturaleza de lo que concibe por el solo hecho de concebirlo: "Quizá es inmortal el alma porque es apta a elevarse hasta lo que no nace, ni muere, hasta lo que existe substancial, necesaria, invariablemente, es decir, hasta Dios".

Aunque le cause repulsión dejarse encarcelar en el mundo sensible, y se quiera a sí mismo puro espíritu, permitirá una duda sobre este punto. "El ideal envenena para mí toda posesión imperfecta. Todo lo que compromete el porvenir destruye mi libertad interior, me somete a las cosas, o me obliga a ser otro del que quisiera y debería ser, todo lo que atenta contra mi idea del hombre completo me hiere en el corazón". Se concederá que, si la razón rechaza toda sujeción del ser a las cosas, negará también que pueda sacrificarse al buen placer de cada uno.

Conviene preguntar también lo que vale su repulsión para la acción cuando se conocen los motivos que le impiden obrar: "Cuando hay que obrar, no veo por todas partes sino causas de error y arrepentimiento, amenazas ocultas y penas disfrazadas". Posición psicológica, en forma alguna racional, tal, en estas circunstancias, parece ser en él la contemplación. Agrega, juzgándose en el mismo momento: "Quien quiere ver con toda claridad antes de determinarse nunca se determina, quien no acepta el pesar no acepta la vida".

Su rechazo de la individualidad nada tiene de definitivo si consideramos estos renglones: "La crítica de sí mismo es el corrosivo de toda espontaneidad oratoria o literaria, la necesidad de conocer dirigida contra el yo es castigada por la huida de la cosa amada... Más

vale dilatar la vida que restringirla por la contracción solitaria". Notemos, una vez más, el parentesco de esto con la palabra tan conocida de Gide: "Conócete a ti mismo, máxima tan perniciosa como fea. El que se observa detiene su desarrollo".

* * *

¿Qué concluir al terminar este esbozo? Habrá que ver en este dualismo el resultado de un ejercicio muy continuo del sentido crítico; al gozar finalmente de esta sola función, ¿se habría negado Amiel a detenerse, tomar partido? ¿Sintió él la necesidad de una perfección que no logran aplacar la razón ni el sentimiento? O, más sencillamente, ¿no sería esta la señal de un espíritu pusilánime, indeciso? ¿Cómo definir en pocas líneas una experiencia tan rica, disecada sin descanso, y entregada en sus más nimios detalles con una sinceridad que obliga al respeto?

Para nosotros, quienes no podemos contestar a estas preguntas, saludaremos en él al pensador objetivo, al defensor de la independencia del espíritu, esta independencia que lo preocupó hasta la tarde de su vida: "Todas las convicciones particulares, los principios absolutos, las fórmulas acusadas, las ideas infusibles, no son sino prejuicios, útiles en la práctica, pero estrecheces de espíritu. Los partidos políticos, religiosos, estéticos, literarios, son anquilosis del pensamiento".

P. CAES

